

OTREDAD

Se vio en el espejo grande del baño y no se gustó. Los años no pasan en balde, pensó usando el lugar común. Tengo poco pelo, ojeras, papada, barriga prominente, brazos y piernas flácidos y para qué seguir. Todo está mal. No me gustan ni mis ojos que tanto me han alabado las mujeres. Ojos románticos, decían unas; ojos profundos, misteriosos, decían otras; ojos con la profundidad del mar y el azul del cielo. Ahora están rojos donde antes eran blancos, y el azul se ha desvanecido. Tengo que hacer algo. Hacerlo en forma urgente. ¿Pero qué? Si me pongo a hacer ejercicios y una dieta tardaré meses en recuperar algo de mi elegante figura. Si me opero, además de que no tengo tanto dinero para ello, se van a ver las cicatrices y además le tengo mucho miedo a la cirugía y a los doctores. No, tiene que haber otra forma.

Compró libros y revistas buscando qué poder hacer, frecuentó el Internet, en los periódicos buscó en anuncios algo que lo pudiera ayudar. Fue cuando se le prendió el foco, para usar otro lugar común. Claro, exclamó, si sale en la tele y en todos los periódicos debe ser verdad, ni modo que mientan a millones de gente. Vio los anuncios con otros ojos. ¿Quiere usted rejuvenecer? Use Vioslón. ¿Quiere usted tener una cabellera abundante y con brillos de sol y luna? Use shampoo Kabelo; ¿quiere usted tener la potencia de un gorila, de un tigre? Compre las pastillas Fuerzotil. Y fue comprando todo lo que le ofrecían: shampoos, pastillas, lociones, medicinas, ropa, zapatos, aparatos eléctricos, aparatos electrónicos. Unos le proporcionarían juventud, otros belleza, unos más fuerza, otros le aseguraban muchos años por delante de vida. Con las pastillas azules se le iba a componer la vista, con las rojas, desaparecerá la papada; con las amarillas se regularizaba su estómago, con las moradas...

Decidió empezar el domingo con todo. Ya su cuarto de baño estaba ocupado con cajas de lociones, de medicinas, de telas, de todo. Al levantarse tomó una de las pastillas, a las ocho, aún sin desayunar, ingirió el yogurt que le aseguraba buena digestión. Cada media hora tomaba algo diferente o se lo untaba o se lo inyectaba. Así durante todo el día. Por supuesto que le dolió el vientre pero eso no importaba, lo principal era rejuvenecer y volver a ser bello y capaz.

Durmió profundamente esa noche. A la mañana siguiente saltó de la cama y corrió al baño. Quedó sorprendido, frente a él estaba un hombre joven, alto, bien proporcionado, bello, fornido, con una sonrisa seductora y unos ojos soñadores. ¿Dónde estoy yo? Se

preguntó. Yo no soy ése. Regresó a su recámara a buscarse, no estaba. Volvió al baño, el ser reflejado sonreía burlonamente. Volvió a buscarse en su cuarto, bajó al desayunador, a la cocina, salió al jardín. Y nada.

Desde ese día anda de un lado a otro buscándose. Aún no se encuentra. Está por volverse loco de la desesperación.

Julio 2008